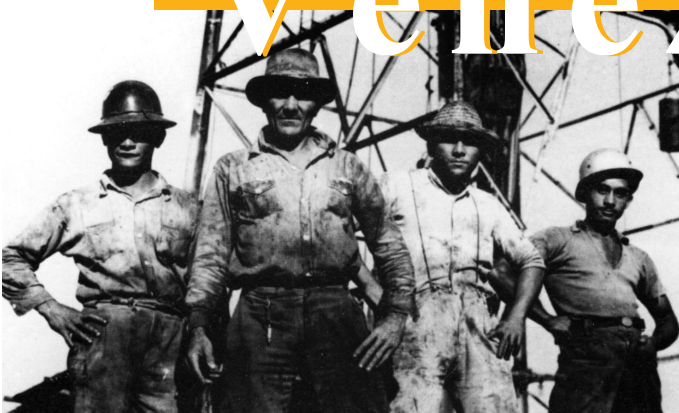


Venezuela,

política y petróleo



A 30 años de la nacionalización petrolera, la Cátedra ULA Siglo XXI del Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes abrió, con el seminario “El petróleo y la política en Venezuela”, la convocatoria a estudiosos sobre el tema, a discutir el impacto del petróleo en la vida venezolana.

Huelgo petrolero 1936, archivo El Nacional

Pocos venezolanos quedan hoy día que hayan conocido aquel país rural, desintegrado, incomunicado, aislado y pobre que dependía básicamente del trabajo de la tierra y de la exportación de dos o tres productos agrarios. Muy pocos aún recuerdan el tiempo del café y el cacao, y también el flagelo del paludismo. Contados son quienes mantienen vivo en su memoria el país despoblado, pobre y atrasado que fue Venezuela.

Sin embargo, así fue el país antes de conocerse que había petróleo en su subsuelo. El reventón del pozo Zumanque o aquel otro del pozo La Rosa en el estado Zulia, anunciaban dramáticamente la presencia de una inmensa riqueza potencial en nuestras entrañas geológicas. El país no pareció darse mucha cuenta de su significación e implicaciones, particularmente en sus sentidos económico y ético. Aquel hecho nuevo, aleatorio e impredecible, vino a transformar toda la vida y posibilidades de Venezuela. No todo fue color de rosa ni sabor a miel. La inmensa riqueza le planteaba al país posibilidades pero también enormes problemas. Prodigioso bien o amenaza terrible para el quehacer nacional, fue siempre la gran amenaza que ha pesado sobre el cuerpo de la nación.

Hoy, ocho largas décadas más tarde, todo lo que ha ocurrido en Venezuela huele a subsuelo. Desde las relaciones personales hasta aquellas con el Estado y sus instituciones, pasan por el discurso del oro negro. Nuestro ser y estar en el mundo está tiznado de aceite quemado. Aún se discute en todo tipo de tertulia, y en diferentes tonos, si hemos utilizado el petróleo de un modo previsor y razonable o si nos hemos abandonado a una creciente ilusión de riqueza que ha abierto abismos cada vez más anchos entre una capacidad productiva nacional y un consumo desbordado.

Acaso el dilema sea si nos hemos convertido en una inmensa sociedad urbana, capitalista y democrática, con fachada de riqueza, profundamente subsidiada por el petróleo.

Desde enero de 1976, hace exactamente tres décadas, se nacionalizó tanto el subsuelo como la industria petrolera. Y todo pasó, supuestamente, a ser nuestro. Desde hace treinta años tenemos el control de nuestra única riqueza. Y, sin embargo, pocos recordaron la magna fecha de esta madurez treintañera. Acaso esto no convoque más que a la angustia por no entender mucho lo que pasa con Venezuela y su petróleo. Mientras las arcas públicas se rebotan del ingreso petrolero, la pobreza, el despilfarro, la improvisación y el deterioro ético andan galopantes a lo largo y ancho de la sociedad. El discurso redentor desde el petróleo hace de las suyas y la vieja consigna de setenta años, “sembrar el petróleo”, no parece adquirir ni raíz ni rostro. Permanece entre nosotros cual deseo incitante pero inconcluso.

Aquel gran país de pequeños productores agrícolas, que vivían de su trabajo, se fue convirtiendo en un pequeño país de grandes parásitos del petróleo. Todos inspirados por las prácticas del nuevo gran actor, el Estado rentista, que permitió la sustitución del otrora sistema caudillista, nutrido por la memoria de las guerras civiles, por otro sistema que inventa nuevas guerras y que no parece estar consciente, mientras más se aferra su poder, de los males y vicios que la riqueza fácil del petróleo y la imprevisión en su uso nos han ocasionado. Mientras tanto, Venezuela y su petróleo son nuestros. Eso es lo importante. Pero ¡ay! de aquéllos que no entiendan que ése no es el problema.